[395:5]

EL PUÑAL DEL GODO.

DRAMA EN UN ACTO.

POR

DON JOSÉ ZORRILLA.

Segunda edicion.



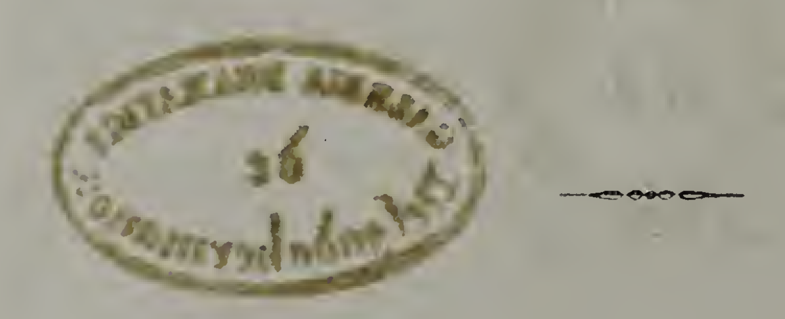
MADRID:

IMPRENTA DE D. ANTONIO YENES, CALLE DE SEGOVIA, N. 6.

1847.

PERSONAS.	ACTORES.
DON RODRIGO...............	*D. Carlos Latorre.*
EL CONDE DON JULIAN.....	*D. Antonio Pizarroso.*
THEUDIA, *noble godo.....*	*D. Francisco Lumbreras.*
ROMANO, *monge eremita.*	*D. Pedro Lopez.*

La escena pasa en la soledad de Pederneira, monte de San Miguel, cerca de la ciudad de Viseo en Portugal, la noche del dia 9 de Setiembre de 719.



Este drama es propiedad del editor de la Galeria Dramática, el cual perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna Sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 8 de Abril de 1839 y 4 de Marzo de 1844, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

A MI BUEN AMIGO

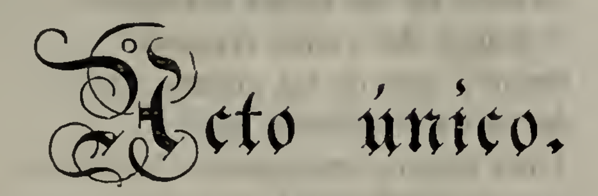
Don Tomás Rodriguez Rubí.

A tí, que sabes la historia y origen de este juguete, y el escaso tiempo que se me dió para escribirle, te le dedico ahora que le doy á luz; porque escudado con tu nombre serán acaso mejor disimulados los muchos defectos inherentes á una obra escrita por apuesta en determinado número de horas.

No atiendas pues á su poco valor, sino al buen recuerdo que con ella te consagra tu amigo

José Zorrilla.

Madrid 20 de Diciembre de 1842.



Acto único.

Interior de la cabaña ó ermita del monge romano, sostenida en su centro por un pilar de madera ó tronco de árbol, á cuyo pié hay dos asientos. A la derecha una pequeña hoguera colocada bajo un respiradero que dá salida al humo. Asientos groseros por la escena. Puerta á la izquierda que da á otra habitacion que se supone en la cabaña. Puerta en el fondo, abierta la cual se verá monte, al resplandor de los relámpagos. Al levantarse el telon se vé su claridad por las junturas, y se oye tronar á lo lejos. La hoguera y una tea alumbran la escena.

ESCENA PRIMERA.

EL MONGE ROMANO *á la lumbre.*

¡Qué tormenta nos amaga!
¡Qué noche, válgame el cielo!
Y esta lumbre se me apaga...
¡Si está lloviznando hielo!
Cuán grande á Dios se concibe
en aquesta soledad.
¿De quién sino de *él* recibe
su aliento la tempestad?
¿Cuyo es el terrible acento
y el fulgor que centellea
cuando zumba airado el viento
y el cénit relampaguea?
¿Quién peñas y árboles hiende
con la centella veloz
como segador que tiende
las espigas con su hoz?

¿Quién sino Dios, que se asienta
sobre las nubes sereno
cuando en las nubes revienta
el fragor del ronco trueno?
Señor, que de las alturas
de tu omnipotencia ves
á tus pobres criaturas
que se arrastran á tus pies;
deten, Dios bueno, tus iras,
deten tu justo furor
si justa saña respiras
contra la obra de tu amor.
Pudiste en un punto hacerla,
y tu inmensa potestad
puede en otro deshacerla
si tal es su voluntad;
mas considera, Dios mio,
que vas á igualar así
al que te se aparta impío,
y al que se postra ante tí.
(*Un momento de pausa.*)
Mas tanto tardar me estraña,
y estoy temiendo por él...
¿Por qué deja la cabaña
en una tarde tan cruel?
¡Válgame la Vírgen Santa!
Si á espesar la lluvia empieza
¿cómo con segura planta
podrá subir la aspereza
de esa desigual garganta
por do la senda endereza?
¡Infeliz! ¡cuánto en el mundo
lleva sin duda sufrido,
cuánto es su dolor profundo,
y cuánto está arrepentido!
Mas siento pasos... parece
(*Abre y dice afuera.*)
que llega ya... entrad ligero
que la tempestad acrece.

ESCENA II.

EL MONGE. THEUDIA, *embozado.*

THEUDIA. Gracias.
ERMITAÑO. ¿Mas quién se guarece
de esta choza?
THEUDIA. Un caballero.
(*Entra Theudia y se desemboza. Quedan mirándose un momento.*)
Sorprendido os hais quedado.
¿Qué es lo que teneis, buen hombre?
ERMITAÑO. ¿Y no quereis que me asombre
de que hayais aqui llegado?
THEUDIA. En verdad, que es aprension
tener, como una cigüeña,
en la punta de esta peña
un hombre su habitacion.
ERMITAÑO. Mis votos me retrajeron
á esta triste soledad.
THEUDIA. ¡Monge sois! Oh, perdonad
mis palabras si os pudieron
ofender.
ERMITAÑO. No, en modo alguno.
Acogime á esta montaña
sin creer que gente estraña
me hallara en tiempo ninguno.
THEUDIA. Si os estorbo...
ERMITAÑO. (*Interrumpiéndole.*)
Aparte Dios
tal pensamiento de mí.
Contento os tendré yo aqui
como esteis contento vos.
THEUDIA. Yo estaré siempre contento,
que mil noches he pasado
peor acondicionado
en mitad del campamento.
ERMITAÑO. ¿Soldado sois?
THEUDIA. Hélo sido;
porque salí de mi tierra.
ERMITAÑO. ¿Os cansaba ya la guerra?
THEUDIA. No; pero nos han vencido,

merced á infames traidores,
y evito la suerte huyendo
de vivir esclavo siendo
de mis fieros vencedores.

ERMITAÑO. Mas huir...

THEUDIA. Téngase, anciano:
contra ellos se alzó bandera,
y yo voy adonde quiera
que la defienda un cristiano.
Pero fatigado estoy:
¿teneis algo que cenar?

ERMITAÑO. Fruta seca os pueda dar:
no os regalo.

THEUDIA. Sóbrio soy.

(*El ermitaño le pone delante algunas frutas y una vasija con agua. Theudia come y bebe.*)

ERMITAÑO. Ea pues, tomad, sentaos.
Dadme la capa os la cuelgo.

THEUDIA. Que asi me trateis me huelgo;
mas yo...

ERMITAÑO. No, vos calentaos,
que bien lo necesitais.

THEUDIA. Buen viejo, por Dios que sí.

(*El ermitaño mira á la parte de afuera teniendo abierta la puerta.*)

Pero, ¿qué haceis ¡pese á mí!
que esa puerta no cerrais?
¿No veis que empieza á llover
y el aire no hay quien resista?

ERMITAÑO. Eso es lo que me contrista.

THEUDIA. ¿Pues qué nos dá que temer?

ERMITAÑO. Nada: por un compañero
siento en verdad pesadumbre.

THEUDIA. ¿Fuera está?

ERMITAÑO. Sí.

THEUDIA. Ya costumbre
tendrá en ese ruin sendero.

ERMITAÑO. ¡Ay infeliz! no lo sé.
Dios en su pies ponga tino.

THEUDIA. ¿Pues no conoce el camino?

ERMITAÑO. No siempre.

THEUDIA. Torpe es á fé.

ERMITAÑO. Hablad de él con mas respeto,
que aunque es hoy bien desdichado,
hombre es que no fué criado
de invectivas para objeto.
THEUDIA. Perdonad.
ERMITAÑO. De ello no hablemos;
sabedlo , que no es de mas.
THEUDIA. Si es que me juzgais quizás
útil, descender podemos
á ayudarle.
ERMITAÑO. No es preciso,
que todo el auxilio humano
le fuera ofrecido en vano ;
mas estemos sobre aviso.
(*Va á la puerta otra vez.*)
THEUDIA. (*Ap.* ¡Si equivocado me habré
y á caer habré venido
en la cueva de un bandido!
Veamos.) ¿Buen viejo?
ERMITAÑO. (*Volviendo á la escena.*) ¿Qué?
THEUDIA. Yo, como soldado, soy
algo hablador y curioso.
Decidme pues, si enojoso
con mis preguntas no estoy:
puesto que es no compañero
ese hombre á quien aguardais,
¿por qué recelando estais
que no dé con el sendero?
ERMITAÑO. Porque es capáz por sí mismo
si su demencia le apura
de abrirse la sepultura
en el fondo de ese abismo.
THEUDIA. ¡Jesus! ¿la mente le falta?
ERMITAÑO. De lo pasado el recuerdo,
le pone tan sin acuerdo,
que algunas veces le asalta
una fiebre tan cruel,
un delirio tan insano,
que no hallo remedio humano
que pueda acabar con él.
Y aunque ó engañado estoy
ó ningun acceso estraño

le ha acometido hace un año
me temo que le dé hoy.

THEUDIA. ¿Y sabe de él la razon?

ERMITAÑO. Guarda un silencio profundo
de lo que le hizo en el mundo
tan íntima sensacion.

THEUDIA. Picais mi curiosidad;
de historia debe ser hombre.

ERMITAÑO. Me ha callado hasta su nombre.

THEUDIA. ¿Padre, os burlais?

ERMITAÑO. No en verdad:
cinco años hace que vino
á demandarme asistencia
en una grave dolencia,
y estuvo á morir vecino.
Mas sanó al fin, y tornar
no quiso al mundo otra vez
viviendo en esta estrechez
con una vida ejemplar.
¡Oh! si él su perdon no alcanza
con vida tan penitente,
no sé quién sea el viviente
que de ello tenga esperanza.

THEUDIA. ¿Mas no decís que está loco?

ERMITAÑO. Dejóle su enfermedad
estrema debilidad
que hirió su cerebro un poco.
Y cuando en algun acceso
el desdichado no entra
es un hombre en quien se encuentra
mucho valor, mucho seso;
mas cuando el mal le acomete,
¡oh! entonces es estremado.

THEUDIA. ¿Pero nunca os ha contado?...

ERMITAÑO. Jamás; y si se le mete
conversacion de su historia,
segun que tiembla y se espanta
parece que se levanta
un espectro en su memoria.

THEUDIA. ¡Es bravo caso á fé mia
y que atencion me merece!
¿Y en qué dá cuando enloquece?

ERMITAÑO. En una horrible manía.
Tiene consigo una daga
que jamás del cinto quita,
y dice que está maldita,
y que á su existencia amaga.
Y en su demencia al entrar
esclama con gran pavor:
«con ese puñal traidor,
con ese me ha de matar.»

THEUDIA. ¡Raro es por Dios! ¿Y conviene
con período ó dia alguno
fijo su mal?

ERMITAÑO. Hoy es uno;
el mas terrible que tiene.

THEUDIA. ¡Hoy!

ERMITAÑO. Por eso es mi recelo
mayor.

THEUDIA. ¿Sabeis si ese hombre es
de esta tierra?

ERMITAÑO. ¿Portugués?
Creo que no.

THEUDIA. ¡Por el cielo
que á ser español podria
su demencia comprender!

ERMITAÑO. Pero ¿qué tiene que ver
ese mal con este dia?

THEUDIA. ¡Hoy es un dia de hiel,
de luto y baldon y saña
para la infeliz España!
y ¡ay de quien fué causa de él!
Mas hablemos de otra cosa.
¿Vos sois portugués?

ERMITAÑO. Sí soy;
mas hace once años que estoy
morando aqui.

THEUDIA. ¿Y no os acosa
el deseo de saber
lo que por el mundo pasa?

ERMITAÑO. Dióme el dolor tan sin tasa
y con tal tasa el placer
ese mundo que mentais,
que los dias de mis años

conté en él por desengaños
y huyo de él.

THEUDIA. Y lo acertais.

ERMITAÑO. Mas callad... oigo rumor
en la maleza. ¿Quién vá?

D. RODRIGO. (*Dentro.*)
Yo, hermano.

THEUDIA. ¿Es él?

ERMITAÑO. Aqui está.

ESCENA III.

EL ERMITAÑO. THEUDIA. D. RODRIGO *envuelto en una especie de clámide larga y entrando distraido como meditando.*

ERMITAÑO. Me habíais puesto en temor. (*A D. Rodrigo.*)

D. RODRIGO. Gracias.

ERMITAÑO. ¿Os perdísteis?

D. RODRIGO. No.

ERMITAÑO. ¿Vísteis el nublado?

D. RODRIGO. Sí.

ERMITAÑO. ¿Y dónde ibais?

D. RODRIGO. ¡Qué sé yo!

ERMITAÑO. Traereis frio.

D. RODRIGO. Así, así.

ERMITAÑO. Calentaos pues.

D. RODRIGO. Sí haré.

(*Al acercarse al fuego ve á Theudia, que escucha vuelto de espaldas á ellos.*)

D. RODRIGO. (*Aparte al Ermitaño.*)
¿Pero quién con vos está?

ERMITAÑO. Un viajero, que poco há
llegó aquí.

D. RODRIGO. ¿Quién es?

ERMITAÑO. No sé.

D. RODRIGO. No os fieis de ningun hombre:
la doblez y la traicion
abriga en el corazon
el de mas prez y mas nombre.

ERMITAÑO. Mas ved...

D. RODRIGO. Yo sé lo que digo;

preguntadle el suyo á ese,
y veré, mal que le pese,
si es amigo ó enemigo.

ERMITAÑO. De nosotros ¿y por qué?
¿á quién jamás ofendimos?

D. RODRIGO. Todos, padre, delinquimos:
ved de hablarle.

ERMITAÑO. Sí que haré.

THEUDIA. (*Ap.* No me gusta ese misterio
con que platican los dos.
Estaré alerta, por Dios,
que puede ser lance sério.)

(*Don Rodrigo va hácia el fuego, y aparta á Theudia para poner su banquillo.*)

D. RODRIGO. (*A Theudia.*)
Haceos, buen hombre, allá.

THEUDIA. (Pues gasta gran cortesía.)

ERMITAÑO. (*Aparte á Theudia.*)
(Quiere ese sitio, es manía.)

THEUDIA. Bien hace; en su casa está.
(*Ap.* Mas ahora que bien le miro
no es esta la vez primera
que he visto esa faz severa...
¡Gran Dios! ¡qué idea...! eh, deliro.)
(*Un espacio de silencio.*)

ERMITAÑO. (*A Theudia.*)
Callado estais.

THEUDIA. ¡Qué quereis!
¿De qué os tengo yo de hablar?

ERMITAÑO. ¿Una historia no sabeis
que podernos relatar?

THEUDIA. Sé tantas, que duraría
mi relato un año entero,
mas hoy mentarlas no quiero,
que es para mí aciago dia.

D. RODRIGO. (*Con viveza y aire sombrío.*)
Tambien para mí lo es.

THEUDIA. (*Id.*) Y para todo español
lo será mientras el sol
alumbre.

D. RODRIGO. (*Agitado.*) Decidme, pues.
¿Con que es hoy un dia aciago

para España?

THEUDIA. ¡Sí por Dios!
Qué, ¿no ha llegado hasta vos
la noticia de ese estrago?

ERMITAÑO. (*Queriendo interrumpirle.*)
En este desierto hundidos...

D. RODRIGO. (*Interrumpiéndole.*)
Dejadle, ¡pese á mi estrella! (*Al ermitaño.*)
dejadle que me hable de ella
aunque hiera mis oidos.
¿Habeis en España estado? (*A Theudia.*)

THEUDIA. Bajo su cielo he nacido.

D. RODRIGO. ¡Ay! nacer os ha cabido,
en pais bien desdichado.
¿Qué pasa hoy en él?

THEUDIA. ¿Qué pasa?
Presa es de gente salvage
á quien rinde vasallage
y que la asuela y la arrasa.
Por dar entrada en su pecho
á una venganza de amor
ha abierto un conde traidor
á los moros el estrecho.

D. RODRIGO. Obró bien villanamente,
sí; ¡tómele Dios en cuenta
á su rey tan torpe afrenta,
tan gran traicion á su gente!

THEUDIA. Dicen que audáz le ultrajó
en su hija el rey don Rodrigo.

D. RODRIGO. Mas si era el rey su enemigo,
no lo era su reino, nó.

THEUDIA. Con moros hizo su flete,
y hoy hace años que en Jeréz
se ahogó España de una vez
en el turbio Guadalete.

D. RODRIGO. Sí, allí lo perdímos todo;
debajo de su corriente
yace vergonzosamente
la gloria del reino godo.
¡Maldito quien fué concordia
con los árabes á hacer,
y maldita la muger

ocasion de la discordia!

THEUDIA. ¡Sabeis esa historia! (*Creciendo el interés en ambos.*)

D. RODRIGO. Sí.
Y me prensa el corazon.

THEUDIA. Tambien á mí.

D. RODRIGO. Y con razon.

THEUDIA. Sí, que su víctima fuí.

D. RODRIGO. Yo tambien.

THEUDIA. ¿Sois vos de España?

D. RODRIGO. (*Reservándose de repente y con sequedad.*)
No lo sé.

THEUDIA. (*Afanoso.*) Vos...

D. RODRIGO. Basta ya.

THEUDIA. No, que atenazando está
mi memoria idea estraña...
Yo en Guadalete me hallé.

D. RODRIGO. Conmigo.

THEUDIA. Con vos. ¡Dios mio!
Hundirse le ví en el rio
y á ayudarle me rrojé,
pero ya no le ví mas.

D. RODRIGO. ¡Theudia!

THEUDIA. Señor. (*Queriendo arrodillarse.*)

D. RODRIGO. ¡Alza, necio!
Del mundo soy ya desprecio.

THEUDIA. Pero de Theudia jamás.

D. RODRIGO. Padre, un escaso momento
dejadnos solos.

ERMITAÑO. (*A Theudia.*) Por Dios,
no le esciteis mucho vos.

THEUDIA. Descuidad: de su contento
no son escesos estraños,
que somos amigos viejos,
y de nuestra patria lejos
nos vemos, tras largos años.

(*El ermitaño entra en el interior de la cabaña por la izquierda.*)

ESCENA IV.

DON RODRIGO. THEUDIA. (*Llueve.*)

D. ROD. Háblame de mi España, Theudia amigo,

hábláme de ella tú, que fuiste el solo
en quien traicion tan fea no halló abrigo,
en quien tu pobre rey no encontró dolo.
¿Dime, conserva aun el pueblo hispano
recuerdo alguno de la antigua gloria?
¿Qué piensa del vencido soberano?
Theudia, ¿qué sitio ocupa en su memoria?

THEUDIA. No me lo pregunteis.

D. ROD. ¡Ah! te comprendo:
me culpa solo á mí.

THEUDIA. Sois el vencido.

D. ROD. Desengaño es á un rey duro y tremendo.
¿Con que solo me dan...

THEUDIA. Mengua ú olvido.
Mas basta ya, que vuestro afan entiendo.
¿Y cómo os hallo aquí?

D. ROD. Triste es mi historia,
Theudia.

THEUDIA. Y la mia.

D. ROD. Y yo ¿cómo te hallo?

THEUDIA. Huyendo de los moros.

D. ROD. ¿La victoria
llevan?

THEUDIA. Ya es nuestro pueblo su vasallo.

D. ROD. ¡Tierra infeliz!

THEUDIA. Sí, á fé. Toda la ocupan
esos infieles ya.

D. ROD. ¿Ya nada resta?

THEUDIA. Un rincon en Asturias dó se agrupan
los que escaparon de la lid funesta.

D. ROD. ¿Pero podrán allí...

THEUDIA. No pueden nada,
por mas que de ira y de venganza rayo
levantó su pendon con alma osada
vuestro valiente primo don Pelayo.

D. ROD. ¿Y mis nobles con él?

THEUDIA. No, no hay ninguno.

D. ROD. Ninguno dices.

THEUDIA. Perecieron todos
á manos de los moros uno á uno.

D. ROD. ¿Qué resta pues de los ilustres godos?

THEUDIA. Vos y yo nada mas; porque no cuento

al que con vil traicion nos ha vendido.

D. Rod. ¿Aun vive don Julian?

Theudia. Para escarmiento
de los que á sus contrarios han servido.

D. Rod. ¡Vive! ¿y qué es ora de él?

Theudia. En una torre
estuvo largo tiempo, mas con maña
huyó de allí... Su estrella le socorre.

D. Rod. Sí, sí; mi estrella tan fatal á España.
¡Ay, bien mi corazon me lo decia;
su estrella marcha con la estrella mia!

Theudia. Qué es lo que hablais, señor.

D. Rod. Es mi secreto.
(No para tí, de mi amistad objeto.)
Es agüero fatal que á fin terrible
de mi existencia el término ha sujeto.

Theudia. ¡Y en agüeros creeis! es imposible.

D. Rod. Theudia, son los destinos celestiales
inmutables, y es justo su castigo
para los que han causado tantos males
en la tierra cual yo.

Theudia. Soñais os digo.
El noble osado que su suerte afronta
hace cejar á su enemiga suerte,
ó halla tranquilidad segura y pronta
en el reposo de gloriosa muerte.
Eso es supersticion.

D. Rod. Ya yo sabia.
que el insensato mundo
miedo ó superslicion lo llamaria.
¡Mas ¡ay! que es la verdad!

Theudia. Y á ese villano...

D. Rod. El cielo, de los godos enemigo,
para que acabe al fin, guarda su mano
con todos de una vez dando conmigo.

Theudia. Ay si yo doy con él. En la frontera
le perdí.
¿Le seguiais?

D. Rod. Desde el dia
que ví frente á las nuestras su bandera,
vengar de ello juré á la patria mia.
Y de soldado suyo disfrazado,

de aventurero ya, ya de mendigo,
fuí su sombra do quier, do quier he estado
de él en acecho y la traicion conmigo.
Mas un poder oculto le defiende;
jamas en ocasion hallarme pude.

D. Rod. En vano, sí, tu lealtad pretende
que el cielo en ello vengador te ayude.

Theudia. ¡Ay si me vuelvo á ver sobre su huella!
¡Ay si algun dia mi furor le alcanza!
no ha de valerle contra mí su estrella.
Será como él traidora mi venganza.

D. Rod. No, Theudia, es imposible... inútil brio.
Oye, y esta conserva en tu memoria
página triste de mi triste historia.
Al salir de las aguas de aquel rio
do me vistes caer sin la victoria,
y en cuya agua se hundió cuanto fué mio,
abandoné el caballo y la armadura,
cambié con un pastor mi vestidura,
y con todo el pesar del vencimiento
despechado me entré por la espesura
cual de esperanzas ya, falto de aliento.
¡Cuánto, Theudia, sufrí! Triste, perdido
de mi reino crucé por las llanuras
en hambre y soledad, como un bandido
que huyendo de la ley camina á oscuras.
Era la hora en que la luz se hundia
tras las montañas, y la niebla densa
por todo el ancho de la selva umbría
iba tendiendo su cortina inmensa.
Con el cansancio y el temor y el duelo
fiebre traidora me abrasaba ardiente,
sin ver donde acudir en aquel suelo
en que nunca tal vez habitó gente.
Cuanto con mas esfuerzos avanzaba
viendo si al llano por do quier salía,
mas la selva á mis pasos se cerraba,
mas en la negra soledad me hundia.
Un vértigo infernal apoderóse
de mi alma... y sin luz, y sin camino,
á mi exaltada mente presentóse
toda la realidad de mi destino.

Rey sin vasallos, sin amigos hombre,
en mi raza estinguido el reino godo,
sin esperanza, sin honor, sin nombre,
perdido, Theudia, para siempre todo.
¡Cuán odioso me ví! Despavorido
á pedir empecé con grandes voces
auxilio en el desierto, mas perdido
fué mi acento en las ráfagas veloces
á espirar en los senos del espacio...
y á impulso entonces del furor interno
maldiciendo mi estirpe y mi palacio
con sacrílega voz llamé al infierno.

THEUDIA. ¡Cielos!

D. ROD. Y él me acudió: sulfúrea lumbre
rauda encendió relámpago brillante;
y en mi pecho siniestra incertidumbre.
Sentí algo junto á mí, miré un instante,
y á la sulfúrea luz, monge sombrio
á mi lado pasó, y á su presencia
tembló mi corazon, cedió mi brio.
Pedíle amparo, mas fatal sentencia
me fulminó diciendo: ¡vaya, impio,
que él, á quien deshonró tu incontinencia,
vendrá de crimen y vergüenza lleno
con tu mismo puñal á hendir tu seno!
Dijo: y por entre la niebla arrebatado
huyó el fantasma y me dejó aterrado.

THEUDIA. Sueño vuestro, fantasma peregrino
fué de la calentura abrasadora.

D. ROD. No, Theudia, voz de mi fatal destino.
Mientras ese hombre esté sobre la tierra,
Theudia, no hay para mí paz ni reposo,
do quiera el paso sin piedad me cierra
ese espectro á mi raza peligroso.
Ves el puñal que cuelga en mi cintura;
con él me ha de matar, es mi destino:
Theudia, no hay tierra para mí segura;
ese hombre ha de bajar por mi camino.

THEUDIA. ¡Y eso creeis...! Calládselo á la gente,
y toleradme en paz esta franqueza.
Mas vuestra vida austera y penitente
amenguó de vuestra alma la grandeza

:

y amenguó la razon de vuestra mente.

D. Rod. Tiene en mi corazon sacro prestigio,
Theudia, te lo confieso, y me amedrenta
aquella prediccion y aquel prodigio.

Theudia. ¡Prodigio lo llamais! ¿Y no os afrenta
tan vil supersticion?

D. Rod. Sea en buen hora,
mas creo en ella: á ser fascinadora
de la mente aprension despareciera
con el tiempo; el ayuno y el cilicio
arrancado á la mente se la hubiera.

Theudia. La arrancara mejor trompa guerrera
y de la lid revuelta el ejercicio.
Eso cumple mejor á vuestra raza,
en vez de esta cabaña y ese sayo
la blanca tienda y la ferrada maza
y el bruto cordobés hijo del rayo.
Sí, mientras viva Theudia y por amigo
querais tenerle, con bizarro alarde
os dirá, de la paz siempre enemigo,
que el noble que no lidia es un cobarde.

D. Rod. ¡Traidor!

Theudia. ¡Hola! vuestra alma se despierta
á la voz del honor: asi os queria:
veo que aun vuestra sangre no está muerta
y alienta el corazon con hidalguía.
Escuchadme, señor, y ved despacio
el peso y la razon de lo que os digo,
que es mengua, sí, que quien nació en palacio
aguarde con pavor á su enemigo.
Perdido estais, sin esperanza alguna,
no hay para vos ni fuerza ni derecho,
no hay para vos ni gente ni fortuna:
el moro vuestro ejército ha deshecho
y atropelló á la cruz la media luna:
mas hay un corazon en vuestro pecho
que á vuestro antiguo honor cuentas demande,
y un corazon de rey debe ser grande.
Si á las manos morir es vuestro sino
de ese conde traidor que nos vendiera,
la mitad evitadle del camino
tras él saliendo con audacia fiera.

Provocad con valor vuestro destino,
con él travaos en la lid postrera,
y arrostrad ese sino que os espanta
vuestro puñal hundiendo en su garganta.
Ya no teneis ni ejércitos ni enseñas;
mas os resta un amigo y un vasallo,
y las lunas del mundo no son dueñas,
ni es de la suerte irrevocable el fallo.
Dejad pues el misterio de estas breñas,
asíos de una lanza y un caballo,
y con caballo y lanza y yo escudero
si no podeis ser rey, sed caballero.

D. Rod. Basta, Theudia; ese bélico lenguage
cumple á los corazones bien nacidos,
y en el mio despiertan el coraje
de tus fieras palabras los sonidos.
Sangre me pide mi sangriento ultraje,
sangre mis tercios en Jeréz vencidos.
Theudia, tienes razon; de cualquier modo
morir me cumple cual monarca godo.
Sí, ya á mi olfato y mis oidos siento
que trae el aura que las tiendas mece
el militar olor del campamento
y el clamor de la lid que se embravece,
y del clarin agudo el limpio acento
que á los nobles caballos estremece;
y esa guerrera y bárbara armonía
la prez me torna de la estirpe mia.
Indigna es de un monarca y de un guerrero
esta debilidad que me avergüenza;
de mi supersticion reirme quiero;
no quiero, Theudia, que el pavor me venza.

Theudia. Dos sendas hay, y por cualquiera os sigo;
buscar al conde y perecer vengado,
ó guareceros del pendon amigo
y acabar con honor como soldado.

D. Rod. Cumple eso mas al corazon que abrigo:
Theudia, olvidémonos de lo pasado,
y en la desgracia de rencor agenos
bajemos á la tumba de los buenos.
Esta arma vil que á mi existencia amaga
quédese aquí despues de mi partida,

(*Clava el puñal en el poste que sostiene la choza.*)
y quede en este tronco con mi daga
enclavado el misterio de mi vida.
¿Dices que ha levantado en la montaña
pendon un noble, de venganza rayo?
Pues bien, ¿qué hacemos en la tierra estraña?
¡lejos de mí mi penitente sayo!
Vamos, Theudia, á lidiar por nuestra España
y á triunfar ó caer con don Pelayo:
no diga nunca el mundo venidero
que ni supe ser rey, ni caballero.

THEUDIA. ¡Ahora os conozco, vive Dios!

D. ROD. Mañana
partiremos á Asturias.

THEUDIA. Franco paso
nos dará el Portugal que nos dió asilo.

D. ROD. Hasta mañana pues; duerme tranquilo.
Duerme, Theudia.

THEUDIA. ¡Señor, velando acaso
vais á quedar mi sueño!

D. ROD. Desde ahora
no hay de los dos segundo ni primero.

THEUDIA. Señor...

D. ROD. Déjame solo hasta la aurora;
pues no soy mas que un pobre aventurero,
seré en vez de tu rey tu compañero.

(*Vase Theudia al aposento contiguo de la izquierda.*)

ESCENA V.

DON RODRIGO.

Bien dice ese lëal. Mas vale al cabo
caer en una lid por causa estraña,
que de servil supersticion esclavo
llorar imbécil la perdida España.
Saldré otra vez al agitado mundo
con mi contraria suerte por herencia,
velando en el misterio mas profundo
el secreto fatal de mi existencia.
Nada soy, nada tengo, nada espero:
encerrado desde hoy en mi armadura,

seré en mi propia causa aventurero
sin esperar jamas prez ni ventura.
Mas al caër lidiando en la campaña
al pueblo diga mi sangrienta huella:
«Ved; si no supo defender á España,
supo á lo menos sucumbir por ella.»
Mas ¡ay triste de mí! mi pueblo mismo
que me tiene en horror, con frio encono
me verá descender hácia el abismo
como me ha visto descender del trono.
Sí, aplaudiendo tal vez mi sino adverso...
y todo es obra tuya, conde infame,
por tí desprecio soy del universo.
Fuerza es que sangre nuestra se derrame.
(*Viendo el puñal.*)
¡Mas Dios Santo, ahí estás! húyeme, aparta,
sueño fascinador, que esquivo en vano
nunca de sangre de los godos harta
esta daga fatal busca una mano.
La de uno de ambos... tigre vengativo,
ser esterminador de mi familia,
uno solo de entrambos quede vivo,
veamos el infierno á quien auxilia.
Mi razon, mi creencia lo repele;
mas nunca echar de mí puedo esta idea;
ese dia fatal ¡oh infierno! impele,
traénosle de una vez y pronto sea.
Vértigo horrible el corazon me acosa,
sed de su sangre el corazon me irrita...
¡O huye por siempre, pesadilla odiosa,
ó ante mis ojos ven, sombra precita!
(*Abrese la puerta con ímpetu, y al par que ilumina el fondo un relámpago, entra en la escena el conde don Julian.*)

ESCENA VI.

DON RODRIGO. EL CONDE.

CONDE. Gracias al diablo que llegué á la cumbre.
D. ROD. ¿Quién es? ¿dó va? ¿qué busca? ¿quién le traë?
CONDE. ¡Rápido preguntar! mas si es costumbre
oid. Un hombre, á Portugal, y lumbre

para secarme del turbion que caë.
¿Hay mas que preguntar?

D. Rod. Mal humor gasta.

Conde. Lo mismo que pregunta le respondo.
¿Tiene algo que cenar?

D. Rod. Nada.

Conde. Pues basta.
La cuestion por mi parte ha dado fondo.
(*Se sienta con calma á la lumbre.*)

D. Rod. Desatento venís donde os alojan.

Conde. Pues sin brindarme vos yo me aparezco,
y esos nublados hasta aquí me arrojan,
ni vos me la ofreceis ni os la agradezco.

D. Rod. Me obliga por mi fé la cortesía,
mas no soy hombre que á sufrir me avengo
razones de tamaña altanería.

Conde. Tampoco yo, que despechado vengo
y harto estoy de la vida.

D. Rod. Y yo lo mismo.

Conde. Yo tras la muerte con deseo insano
debo partir mañana muy temprano.

D. Rod. Y yo tambien.

Conde. ¿Y adónde?

D. Rod. A España.

Conde. De ella
vengo.

D. Rod. ¿Sois de ella?

Conde. Por desdicha mia.

D. Rod. Cúpome á mí tambien tan mala estrella.

Conde. Que la mia peor nunca sería.

D. Rod. Puede que sí.

Conde. Lo dudo.

D. Rod. Alli he perdido
cuanto amé.

Conde. Yo tambien.

D. Rod. Padres, hermanos...

Conde. Yo tambien.

D. Rod. Mis amigos me han vendido.

Conde. Tambien á mí.

D. Rod. Fuí mofa á los villanos.

Conde. Tambien yo.

D. Rod. Y el honor de mis blasones

ultrajó un hombre vil.

CONDE. Y otro los mios.

D. ROD. Yo he tenido que huir.

CONDE. Como ladrones
nos desbandamos sin poder ni brios
mis soldados y yo. Todos ingratos
me han sido á mí.

D. ROD. Y á mí todos traidores.

CONDE. Nada espero.

D. ROD. Ni yo. Mas pienso á ratos
en venganzas horribles.

CONDE. No mayores
que las mias serán.

D. ROD. ¡Oh! Sí. Son tales
que vértigos terribles me producen.

CONDE. Los mios á la rabia son iguales.

D. ROD. Y los mios á España me conducen
nada mas que á morir.

CONDE. Y á mí lo mismo:
vengo á buscar un hombre á quien detesto,
y ante uno de los dos se abre el abismo.

D. ROD. Yo busco á otro hombre para mí funesto,
y guardo ese puñal de mi familia
que del uno es el fin de todos modos.

(*El conde lo mira y lo reconoce. Esto depende de los actores.*)

CONDE. ¿Es tuyo ese puñal?

D. ROD. Sí.

CONDE. ¡Dios me auxilia!
Ese hierro es la muerte de los godos.

D. ROD. Godo soy.

CONDE. To tambien, mas su enemigo.

D. ROD. ¿Quién hará de ello ante mi vista alarde?

CONDE. ¡Tú eres el torpe rey!...

D. ROD. Tú el vil cobarde...

CONDE. Yo el conde don Julian.

D. ROD. Yo don Rodrigo.
(*Quedan un momento contemplándose.*)

CONDE. Nos hallamos al fin.

D. ROD. Sí, nos hallamos.
Y ambos á dos, execracion del mundo,
la última vez mirándonos estamos.

CONDE. Eso apetece mi rencor profundo.
Mírame bien; sobre esta faz, Rodrigo,
echaron un baldon tus liviandades,
y el universo de él será testigo,
y tu torpeza horror de las edades.

D. ROD. Culpa fué de mi amor la culpa mia,
de Florinda me abona la hermosura;
mas ¿quién te abonará tu villanía?

CONDE. De mi misma traicion la desventura.
Deshonrado por tí, perdílo todo,
mas no saciaba mi venganza fiera
tu afrenta nada mas, menester era
toda la afrenta del imperio godo.

D. ROD. ¡De un traidor como tú fué digna hazaña!
Cumplieras con tus viles intenciones
yendo á matarme con silencio y maña,
ó contra mí sacaras tus pendones
y bebieras mi sangre en la campaña,
mi corazon echando á tus legiones;
mas no lograras con tan necio encono
vender á España, por hollar mi trono.

CONDE. Todo lo ansiaba mi tremenda saña;
no hartaba mis sangrientas intenciones
beber tu sangre con silencio y maña,
ó en contra tuya levantar pendones;
dar quise tu lugar á estirpe estraña
y tu raza borrar de las naciones:
eso queria mi sangriento encono,
vender tu reino y derribar tu trono.

D. ROD. ¡Y lo lograste!

CONDE. Sí, logré que al cabo
el mundo á ambos á dos nos aborrezca,
y á tí de torpes vicios por esclavo,
y á mí por mi traicion nos escarnezca.

D. ROD. ¡Tanta maldad de comprender no acabo!

CONDE. Hice mas.

D. ROD. Imposible es ya que crezca
tu infamia.

CONDE. Escucha pues ¡oh rey Rodrigo!
á cuánto llega mi rencor contigo.
Yo solo quedo de mi raza: presa
los demas de los moros, á pedradas

fué muerta ante mis ojos la condesa,
y á la mar arrojados á lanzadas
mis hijos de Tarifa en la sorpresa:
mas te traigo una nueva que pagadas
todas me deja las desdichas mias;
supe tiempo ha que en Portugal vivias.

D. Rod. ¡Dios!

Conde. Por un monge que te halló en la selva.

D. Rod. ¡Un monge! (*Con temor.*)

Conde. Sí, mi hermano, cuyos votos
le impiden hoy que contra tí se vuelva,
mas cuya astucia para siempre rotos
los anillos dejó de mis cadenas
para seguir tus pasos noche y dia,
y para que la sangre de tus venas
la mancha lave de la afrenta mia.

D. Rod. ¿Y es cierto? ¿y ese monge era tu hermano?
¿era un hombre no mas? ¡no era un fantasma!
¿nada habia en su ser de sobrehumano?

Conde. ¡Que tal preguntes en verdad me pasma!
El me salvó y me dijo: vé á buscarle,
mas antes de matarle
dile que su castísima Ejilona
con su amor ha comprado otra corona.

D. Rod. ¡Mi esposa!

Conde. Sí, Abdalasis te la quita,
ó por mejor decir vendiósela ella.
Y bien la raza en que nació acredita,
y de su esposo bien sigue la huella.
(*Con mofa.*)
Una reina cristiana favorita
de un árabe... ¡oh, nació con brava estrella!
No penes pues por tan leal matrona,
que esposo no la falta ni corona.

D. Rod. Basta, basta, traidor: la estirpe goda
deshonrada por tí, por tí vendida,
clama sedienta por tu sangre toda.

(*Don Rodrigo va á coger el puñal que está clavado en el poste, pero el conde don Julian se adelanta y lo toma. Don Rodrigo retrocede dos pasos con supersticioso temor.*)

Conde. Con la tuya á la par sea vertida.

3 0112 115871912

El mismo cieno nuestro timbre enloda,
la misma tumba nos dará cabida.
(*El conde se arroja sobre don Rodrigo, mas Theudia se presenta de repente entre los dos con la hacha de armas empuñada.*)

ESCENA ÚLTIMA.

DON RODRIGO. EL CONDE DON JULIAN. THEUDIA. ERMITAÑO.

THEUDIA. ¡Mientes! aun queda quien su honor repare
y del traidor al infeliz separe.
(*Da al conde un golpe mortal, y cae.*)
D. ROD. ¡Theudia!
THEUDIA. Señor, cumplí conmigo mismo,
que al vengaros á vos vengué á la España.
D. ROD. ¡Gracias, Theudia! hoy me arranca tu heroismo
mi ruin supersticion á un noble estraña.
Sí, mi pavor con él baje al abismo:
partamos con Pelayo á la montaña,
y logremos ¡oh Theudia! por lo menos
morir en nuestra patria como buenos.
(*Al ermitaño.*)
Padre, dad á ese tronco sepultura
donde repose en paz: mi justo encono
no pasa, no, de su mansion oscura,
aunque el honor de España esté en mi abono.
Yo vuelvo al campo á la pelea dura,
y aunque muera sin huestes y sin trono
siempre ha de ser para quien muere honrado
tumba de rey la fosa del soldado.
(*Vase con Theudia, y cae el telon.*)

FIN DEL DRAMA.